

# *La Nueva Francia desde una perspectiva atlántica*

John A. Dickinson \*

La tradición historiográfica quebequense casi siempre ha reducido a la Nueva Francia sólo a su componente lorenziano, donde se concentraban los centros de población más importantes.<sup>1</sup> Pero la Nueva Francia era mucho más que “Canadá”;<sup>2</sup> abarcaba lugares de pesquería en Terranova, Acadia, del lado atlántico (hasta 1713, cuando fue cedida a Inglaterra por el Tratado de Utrecht) los Pays d’en Haut [las Regiones de Arriba - Países Altos, Provincias Altas]”, un vasto territorio amerindio alrededor de los Grandes Lagos y hasta la bahía Hudson), y Luisiana (que se extendía desde la región de los Illinois al norte hasta la baja Luisiana al sur). Ahora bien, la historia de todos estos territorios es indisoluble, pues se trata sin duda de partes integrantes del imperio francés en América del Norte. Y no hay que olvidar las Antillas (cuyas islas principales son Martinica, Guadalupe y, en el siglo XVIII, Santo Domingo-Haití) y

---

\* Traducción de Roberto Rueda Monreal y Arturo Vázquez Barrón (CPTI-IFAL).

<sup>1</sup> Desde François-Xavier Garneau (1809-1866) hasta el abad Lionel Groulx (1877-1967), los historiadores quebequenses adoptaron una perspectiva nacionalista que valorizaba a los heroicos colonos que llegaron a instalarse a lo largo del río San Lorenzo y que dieron paso al nacimiento de la nación francocanadiense. En la segunda mitad del siglo XX, los historiadores presentaron una nación “quebequense” que había pasado por una experiencia histórica parecida a la de las otras naciones de las Américas, sin acceder no obstante a la independencia. Yvon Lamonde y Gérard Bouchard (dirs.), *Québécois et Américains: la culture québécoise au XIXe et XXe siècles*, Saint-Laurent, Fides, 1995; Gérard Bouchard, *Genèse des nations et cultures au nouveau monde*, Montreal, Boréal, 2000. Una síntesis reciente olvida casi por completo los elementos extralorenzianos. Jacques Mathieu, *La Nouvelle-France. Les Français en Amérique du Nord XVIe-XVIIIe siècle*, Saint-Nicolas, Les Presses de l’Université Laval, 2001.

<sup>2</sup> En aquella época, Canadá dividía el territorio concedido en señoríos en ambos lados del río San Lorenzo y los puestos de mando del rey río debajo de Tadoussac (es decir, desde el golfo hasta el río Ottawa).

Guyana, cuyo desarrollo influye en las elecciones políticas de las autoridades metropolitanas y en el destino de los inmigrantes. Solamente algunas síntesis han intentado abarcar más, privilegiando no obstante a la colonia lorenziana y sus administradores.<sup>3</sup>

En la periferia del mundo atlántico de los siglos XVII y XVIII, pequeñas colonias francesas que se extendían desde Terranova hasta el Golfo de México intentan encontrar una vocación que pueda volverlas valiosas a los ojos de la metrópoli. La pesca, que lleva a los europeos a América del Norte en el siglo XVI, sigue siendo el principal recurso de exportación, pero lo esencial de su explotación se encuentra en manos de los armadores metropolitanos. Las pieles hacen que los franceses se trasladen muy adentro del continente, pero resultan atractivas sólo para algunos mercaderes provenientes de La Rochelle y algunos sombrereros parisinos. Sin embargo, las pieles obligan a Francia a establecer alianzas con una multitud de naciones amerindias y con ello a desempeñar un papel político importante en los Pays d'en Haut y en Luisiana. Durante la primera mitad del siglo XVIII, la fuerza militar amerindia permitirá a los gobernantes contener las veleidades expansionistas de las colonias británicas del litoral atlántico y así colaborar de manera útil a la obra del imperio. La subsistencia de estas alianzas exige una diplomacia del don que el bloqueo naval británico pone en riesgo en los años 1750. Sin suficiente apoyo amerindio y ante un adversario dispuesto a poner fin a la presencia francesa, las colonias del norte son conquistadas, mientras que Luisiana se transfiere a España por el Tratado de París de 1763.

Este artículo ubicará la historia de la Nueva Francia en el marco más amplio del desarrollo de los imperios europeos en América, teniendo en cuenta el desarrollo económico, demográfico y social, así como las apuestas geopolíticas.

---

<sup>3</sup> William J. Eccles, *The French in North America, 1500-1783*, Markham, Fitzhenry & Whiteside, 1998; Lucien-René Abenon y John A. Dickinson, *Les Français en Amérique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1993. Gilles Havard y Cécile Vidal, *Histoire de l'Amérique française* (2ª ed.), París, Flammarion, 2006 [2003], presenta el cuadro más completo de las actividades francesas en el oeste.

## LOS COMIENZOS DE UNA AMÉRICA FRANCESA

La riqueza generada por la explotación de las colonias españolas en el siglo XVI suscita envidias en la Europa del norte, pero en todos lados el Estado era todavía demasiado embrionario como para concebir una política colonial coherente. En Francia, las ambiciones dinásticas en la península italiana dominan la política exterior antes de 1559 y, posteriormente, las guerras de religión impiden toda implicación seria antes de la pacificación del reino con el Edicto de Nantes (1598) de Enrique IV. Entonces, la aventura americana se dejó esencialmente en manos privadas. Debido a la debilidad del Estado y a la ausencia de asentamientos duraderos de población, Marcel Trudel califica este periodo como “intentos vanos”, visión que predomina ampliamente en la historiografía.<sup>4</sup> Sin embargo, esta perspectiva basada en los pocos relatos de viaje y documentos reales disponibles, que dan mayor importancia a las expediciones oficiales, no toma en cuenta los logros duraderos de los armadores normandos, bretones y vascos, que fundan un comercio lucrativo al explotar el bacalao de los grandes bancos de Terranova y las ballenas del Golfo y del río San Lorenzo. Estas actividades, muy lucrativas para los comerciantes metropolitanos, garantizan la preeminencia francesa en la región y fortalecen los lazos con los pueblos autóctonos. Los informes así establecidos desembocan, en el último cuarto de siglo, en el desarrollo de la trata de pieles y preparan una futura implantación.<sup>5</sup> Aún más que las expediciones (1534-1543) mejor documentadas de Jacques Cartier y de Jean-François de la Roque, señor de Roberval, tan apreciadas por la historiografía, son los viajes anuales de decenas de pequeños navíos pesqueros los que interesan para la historia del siglo XVI canadiense. Además, es importante hacer notar que los circuitos económicos fundados entonces en la pesca continuarán dominando las exportaciones de la América septentrional francesa hacia Europa durante todo el periodo colonial.

<sup>4</sup> Marcel Trudel, *Histoire de la Nouvelle-France*, tomo I, *Les vaines tentatives*, Montreal, Fides, 1963.

<sup>5</sup> Sobre el siglo XVI, ver Laurier Lurgeon, “French Fishers, Fur Traders, and Amerindians during the Sixteenth Century: History and Archaeology”, *William and Mary Quarterly*, 3ª serie, 55,4 (octubre de 1998), pp. 584-610, y Bernard Allaire, *Pelletteries, manchons et chapeaux de castor. Les fourrures nord-américaines à Paris, 1500-1632*, Sillery/París, Septentrion/Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1999.

La creciente demanda de pieles canadienses, particularmente de castor, utilizado en la industria sombrerera, propicia que los comerciantes se especialicen en este sector. Los primeros viajes en los años 1580 resultan muy rentables, pero en cuanto se multiplica la competencia, las ganancias caen y los comerciantes piden al rey un monopolio. Esto da a la Corona el medio para colonizar el territorio gastando poco y exigiendo que los poseedores lo pueblen. Ahora bien, la larga experiencia del comercio brasileño había demostrado la importancia de establecer vínculos con los pueblos autóctonos y de contar con intérpretes (llamados truchimanes) para garantizarlos. Los poseedores de monopolios no se muestran hostiles de inmediato al envío de colonos, pero es sobre todo la incapacidad de la Corona para proteger el monopolio lo que frena el asentamiento. Ya sea por parte de Troilus de Mesgouez, señor de La Roche, Pierre Chauvin o Pierre du Gua, señor de Monts, los intentos por implantarse se multiplican al empezar el siglo XVII sin arrojar resultados convincentes. A pesar de tener presencia en Acadia a partir de 1604 y en el valle lorenziano a partir de que Samuel de Champlain funda Quebec en 1608, la influencia francesa sobre el territorio sigue siendo frágil y son pocos los voluntarios para establecerse en una región donde el escorbuto hace estragos cada invierno.

No es tanto la emergencia de la trata de pieles al iniciarse el siglo XVII o la construcción de un almacén en Quebec, en 1608, lo que marca un cambio de importancia como la voluntad política del cardenal de Richelieu. Es durante el sitio de La Rochelle en 1626, plaza fuerte hugonota abastecida por la flota inglesa, cuando Richelieu toma conciencia de la debilidad de la marina francesa. Para remediar esta situación, emprende la creación de compañías comerciales con el fin de desarrollar el tráfico colonial y la marina mercante. Así, funda la Compañía de los Cien Asociados, encargada de establecer una colonia católica en el valle de San Lorenzo en 1627. Para contrarrestar el empuje inglés y holandés en el Caribe, lanza la Compañía de las Islas de América (heredera de la Compañía de San Cristóbal fundada en 1626) en 1635.<sup>6</sup> Estas actividades

---

<sup>6</sup> Abenon y Dickinson, *Les français en Amérique*, p. 124.

son indisociables y deben ser consideradas como la elaboración de una primera política colonial con miras a posicionar mejor a Francia en el tablero imperial. En la América septentrional, las ambiciones de Richelieu se toparon con unos corsarios provenientes de Dieppe que estaban al servicio de Inglaterra, los hermanos Kirke, que interceptan la primera flota de la Compañía de los Cien Asociados en 1628 y toman Quebec al año siguiente. Todos los inmigrantes son obligados a regresar a la metrópoli, e incluso si la paz devuelve el territorio a Francia en 1632, los ánimos están por los suelos; la Compañía ya no tiene los medios para armar flotas igual de impresionantes.

El desarrollo económico no contribuye mucho al poblamiento. En efecto, en esa época, la trata depende básicamente de una mano de obra amerindia y sólo requiere la presencia de algunos intérpretes al lado de los proveedores y de algunas decenas de viajantes de comercio y encargados de la logística en un almacén que hace las veces de sitio para efectuar el trasbordo de las embarcaciones autóctonas a los navíos de alta mar. A pesar de toda la atención puesta en Champlain (sobre todo en estos años en que se conmemora la fundación de Acadia y de Quebec),<sup>7</sup> éste realizó pocas cosas en concreto; a su muerte en 1635, la colonia cuenta con apenas 400 personas, de las cuales sólo 130 se quedarán definitivamente en la región y sin ninguna infraestructura digna de ese nombre. Si bien entendió la importancia de las alianzas amerindias, los franceses siguen siendo el socio más débil y deben seguir los usos y costumbres de sus interlocutores.<sup>8</sup> Debido a esta relación de fuerzas, el abasto de pieles sigue siendo caótico durante la primera mitad del siglo, dependiendo de la buena voluntad y de las necesidades de los cazadores y comerciantes autóctonos.

A pesar de todo, las colonias comienzan a tomar forma en la década de 1630. En el valle lorenziano, algunas personas emprendedoras, como Robert Giffard du Perche, reclutan gente en su región para poblar las tierras que han

---

<sup>7</sup> Un balance reciente sobre las actividades de Champlain, impregnado sin embargo de una voluntad conmemorativa poco crítica, se encuentra en Raymonde Litalien y Denis Vaugeois, dirs., *Champlain. La naissance de l'Amérique française*, París/Sillery, Nouveau monde/Septentrion, 2004.

<sup>8</sup> John A. Dickinson, "Native Sovereignty and French Justice in Early Canada", en J. Phillips, T. Loo y Susan Lethwaite, *Crime and Criminal Justice*, Toronto, The Osgoode Society for Canadian Legal History, "Essays in the History of Canadian Law, vol. V, 1994, pp. 17-40.

recibido en Canadá, pero lo que importa sobre todo es el impulso religioso en esos primeros años; los jesuitas y las órdenes femeninas que están ligadas al trabajo de evangelización (ursulinas y hospitalarias) hacen llegar hombres para construir las infraestructuras y producir los alimentos; la Sociedad Notre-Dame para la Conversión de los Salvajes intenta crear una comunidad cristiana modelo en Montreal a partir de 1642. Sin embargo, a pesar de la gran importancia otorgada a estas iniciativas en la historiografía tradicional, es necesario reconocer que la religión no puede reemplazar una economía dinámica para retener a los colonos en el lugar.

La evangelización de los autóctonos permite a la Corona justificar sus proyectos coloniales ante el papado. Los recoletos estaban presentes en Canadá desde 1615, pero los efectivos eran siempre insuficientes para la tarea. A partir de 1632, los jesuitas son los únicos que hacen labor en Canadá. Un primer intento de volver sedentarios a los cazadores montañeses en Sillery, cerca de Quebec, resulta poco fructífero y gran parte del esfuerzo se realiza con los hurones, que ya practican la horticultura y viven en pueblos. Las misiones permanentes resultan ser muy difíciles para los sacerdotes y, a partir de 1640, los reagrupan en Sainte-Marie, donde pueden recuperar fuerzas y partir después a misiones esporádicas de algunas semanas, siguiendo así el modelo francés.<sup>9</sup> La ofensiva misionera coincide con una serie de epidemias de origen europeo que diezma a la población. Si bien algunos amerindios consideran a los “vestidos de negro” como brujos malvados que siembran el desconcierto en su camino, otros buscan la protección de estos poderosos magos. Se desarrolla entonces en el seno de las naciones huronas una facción cristiana a la que se opone una facción tradicionalista que rechaza la influencia europea.<sup>10</sup> A pesar de las amenazas y el asesinato de un servidor jesuita, los sacerdotes permanecen en la región de los hurones, en parte protegidos por la alianza con sus anfitriones y sus crecientes necesidades de bienes materiales europeos.

---

<sup>9</sup> Dominique Deslandres, *Croire et faire croire. Les missions françaises au XVII<sup>e</sup> siècle*, París, Fayard, 2004, pp. 306-355; Lucien Campeau, *La mission des jésuites chez les Hurons, 1634-1650*, Montréal, Bellarmin, 1987, pp.179-221.

<sup>10</sup> Bruce Trigger, *The Children of Aataentsic. A History of the Huron People*, Montreal-Kingston, McGill-Queen's University Press, 1976, pp. 588-602 y 744-750.

Sin embargo, las divisiones internas minan la sociedad hurona, que se desmorona ante las agresiones iroquesas. En 1648 y 1649 se destruyen o se abandonan los poblados y la población se dispersa. Cinco jesuitas perecen y los otros regresan a Quebec con 500 hurones fieles.<sup>11</sup> Los iroqueses, aliados de los holandeses de Fort Orange (Albania en el actual estado de Nueva York), persiguen a estos hurones y se enfrentan con los franceses. Esta guerra deja poco más de 200 víctimas francesas, sobre todo durante dos periodos de fuerte intensidad (1650-1653 y 1660-1661) y obliga a las autoridades coloniales a pedir ayuda al rey.

Si bien algunos miles de franceses vienen a pasar al menos un invierno a Canadá, más del 70% de los inmigrantes regresa a Francia cuando termina su contrato de compromiso –generalmente de tres años– antes de 1650. En efecto, la ausencia de muchachas casaderas y de un mercado local que permita a los campesinos deshacerse de su producción, a no ser en las casas religiosas y con algunos funcionarios de la Compañía, desalienta la posibilidad de establecerse de manera definitiva. Además, la trata de pieles, el único comercio rentable, queda prohibida en virtud del monopolio. La creación de la Comunidad de los Habitantes en 1645, la autorización, a partir de 1647, a toda persona que haya vivido en el país desde hace cinco años y que cuente con un pedazo de tierra, para llevar a cabo la trata, así como la dispersión de los intermediarios hurones modifican las reglas del juego. En adelante, más de la mitad de los contratados se establece a pesar de la amenaza iroquesa.<sup>12</sup> En vísperas de la dimisión de la Compañía de los Cien Asociados, se cuentan poco más de 3 000 personas en la colonia.<sup>13</sup>

En Acadia, Isaac de Razilly funda establecimientos que tratan de explotar todos los recursos de la zona pero su muerte, en 1635, resulta nefasta para la colonización. Algunas familias se aferran a la región, pero en 1654 una expedi-

<sup>11</sup> Trigger, *The Children of Aataentsic*. II, pp. 725-788.

<sup>12</sup> John A. Dickinson, “Los amerindios y los comienzos de La Nueva Francia”, en Giovanni Dotoli ed., *Canada ieri e oggi*, Atti del 6e convegno internazionale di studi canadesi, “Biblioteca della Ricerca, Cultura Straniera, 13”, Fasano, Schena editore, 1986, pp. 87-108.

<sup>13</sup> Marcel Trudel, *La population du Canada en 1663*, Montreal, Fides, 1973; Lucien Campeau, *Les Cents-Associés et le peuplement de la Nouvelle-France*, Montreal, Bellarmin 1974.

ción llegada de Virginia busca expulsar a los franceses del litoral atlántico. Port-Royal queda en manos de los ingleses y se prohíbe toda inmigración francesa. Una pequeña colonia que reúne a algunos cientos de enrolados y militares se instala en Plaisance, en la isla de Terranova, donde miles de pescadores se unen a ella cada verano. Las Antillas, por el contrario, atraen cada vez más inmigrantes debido al desarrollo del comercio del azúcar y al sueño de enriquecimiento inspirado en el imperio español. En efecto, según los contratos de compromiso firmados en La Rochelle, uno de los principales puertos para las colonias, las Antillas atraen 7.5 veces más inmigrantes que las colonias septentrionales.<sup>14</sup> El desarrollo de la esclavitud africana a finales de 1670 garantiza la prosperidad de estas islas del azúcar.

Las guerras contra los iroqueses de Canadá y contra los caribeños de las Antillas y la toma de la Guyana por parte de los holandeses obligan a la Corona a hacer algo que no desea. Una vez restablecida su autoridad en Francia, Luis XIV se ocupa de sus colonias abandonadas durante la Guerra de los Treinta Años y las dos Frondas. El rey exige la dimisión de la Compañía de los Cien Asociados en 1663 y la colonia pasa a ser posesión real. Sin embargo, resultan claras las prioridades que tiene para América el nuevo lugarteniente general al dirigirse, en primer lugar, hacia el Caribe para poner orden. No es sino hasta 1665 cuando Alejandro de Prouville de Tracy llega a Quebec, donde Jean Talon, nombrado intendente, se reúne con él. A partir de ese momento, Canadá será dirigido por las autoridades reales, y el poder del obispo, Francisco de Montmorency de Laval, y de los antiguos dirigentes de la Comunidad de los Habitantes, que habían logrado establecer una “supuesta república”, se desvanece.<sup>15</sup> La restauración de Carlos II en 1660, después del intermedio del Commonwealth puritano, inaugura mejores relaciones con Inglaterra y permite la restitución de Acadia por el Tratado de Breda en 1667. De cualquier

---

<sup>14</sup> Robert Mandrou, “Los franceses fuera de Francia”, *Annales Economies Sociétés Civilisations*, 14 (1959) p. 667-675. Cuando Canadá cuenta con apenas 3 000 habitantes en 1663 y Acadia con menos de mil, las colonias antillanas sobrepasan los 20 000.

<sup>15</sup> Christophe Horguelin, *La prétendue République. Pouvoir et société au Canada (1645-1675)*, Sillery, Septentrion, 1997.



modo, no es sino hasta 1670 cuando Francia vuelve a tomar posesión efectiva de esta colonia.

Durante una década, la Corona financia la migración de algunos miles de personas, sobre todo hacia el río San Lorenzo, aunque también a Acadia. El intendente alienta a los soldados enviados a someter a los iroqueses a quedarse en el país y más de 400 se establecen en señoríos concedidos a sus oficiales. El Estado recluta a alrededor de 1 500 artesanos y jornaleros. Por último, el envío de 770 muchachas del rey, en su mayoría huérfanas sacadas de los hospicios generales de París y de Ruán, permite paliar parcialmente el desequilibrio entre los sexos: antes de 1670, el número de hombres por mujer en edad de casarse oscila entre ocho y diez, pero en 1680 no hay más que dos hombres por cada muchacha en edad de casarse.<sup>16</sup> Este esfuerzo, por más modesto que fuera, sienta las bases de una población colonial que se incrementará esencialmente por crecimiento natural.<sup>17</sup> En efecto, no surge ninguna corriente migratoria. Un número importante de soldados, poco más de mil artesanos y algunos cientos de prisioneros llegan a Canadá antes de 1759, pero son relativamente pocos los que se establecen para formar una familia. El clero sigue reclutando en Francia (577 sacerdotes y religiosas llegan después de 1670, en comparación con los 197 de antes de esta fecha), pero no todos se quedan; 33 de los 125 sulpicianos que llegaron a Montreal, por ejemplo, regresan a la metrópoli después de una estancia más o menos larga. A final de cuentas, de los cerca de 28 000 a 29 000 franceses que cruzaron el Atlántico, sólo 9 300 se instalan para quedarse.<sup>18</sup>

Con el establecimiento de un gobierno Real, la colonia canadiense instaaura instituciones que toman la metrópoli como modelo. Un gobernador general tiene su asiento en Quebec y la responsabilidad de los asuntos militares y las relaciones con los amerindios. Después del ataque del almirante de Ruyter contra Martinica en 1669, el ministro de Marina, Jean-Baptiste Colbert, reclu-

---

<sup>16</sup> Yves Landry, *Orphelines en France pionnières au Canada. Les Filles du roi au XVII<sup>e</sup> siècle*, Montreal, Léméac, 1992, pp. 113-123.

<sup>17</sup> Hubert Charbonneau *et al.*, *Naissance d'une population. Les Français établis au Canada au XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris, INED, 1987, pp. 83-105.

<sup>18</sup> Mario Boleda, "Treinta mil franceses a la conquista del Saint-Laurent", *Histoire sociale/Social History*, 23,45 (mayo de 1990), pp. 153-177; Havad y Vidal, *Histoire de l'Amérique française*, pp. 204-224.

ta tropas para que sirvan en las colonias. La llegada de tres compañías de estas tropas francas de la marina en 1683 marca el inicio de una guarnición permanente en la colonia.<sup>19</sup> Los soldados serán casi siempre de origen francés, pero el cuerpo de oficiales se vuelve el coto privado de los hijos de la élite canadiense. Por su parte, el intendente vela por la justicia, el orden público, las finanzas y el desarrollo económico. Si bien las esferas parecen estar bien delimitadas, los momentos de conflicto abundan; el gobernador ocupa un lugar en el Consejo Soberano y el intendente controla el presupuesto de las tropas, por ejemplo. Cuando fuertes personalidades como el gobernador Luis de Buade, conde de Frontenac, se hacen presentes, todo es motivo de pelea y las autoridades ofrecen un espectáculo muy desolador a la población.<sup>20</sup>

En el terreno de la justicia, el rey crea un Consejo soberano que goza de poderes legislativos y judiciales en 1663. Al principio, el obispo y su clientela lo dominan, pero el intendente se impone desde su llegada en 1665 y le da una nueva conformación con sus hombres. De manera progresiva, el intendente se apropia del poder legislativo y cuando el Consejo pasa a ser Consejo superior, en 1702, ya no es sino una corte de audiencias. El rey crea jurisdicciones reales en Quebec y en Trois-Rivières en 1667, pero en Montreal los *sulpicianos* conservan su corte señorial hasta 1693. Como instituciones urbanas, estas jurisdicciones se ocupan sobre todo de las relaciones comerciales; pocos campesinos acuden a ellas para entablar litigios. Alrededor de Quebec, hay tribunales señoriales que dan servicio a la población rural, pero el costo del viaje disuade a los habitantes de regiones lejanas de acudir ante un juez; sus diferendos se arreglan ante el notario, el cura o árbitros. Contrariamente a la pluralidad del derecho existente en Francia, el rey impone la Costumbre de París en la colonia.<sup>21</sup>

La administración colonial sigue siendo relativamente modesta, tanto por el número de sus agentes como por el presupuesto. La venalidad no existe y

---

<sup>19</sup> René Chartrand, *Le patrimoine militaire canadien. D'hier à aujourd'hui*, tomo I, 1000-1754, Montreal, Art Global, 1993, pp. 83-84.

<sup>20</sup> William John Eccles, *Frontenac: The Courtier Governor*, Toronto, McClelland & Stewart, 1959.

<sup>21</sup> John A. Dickinson, "New France: Law, Courts, and the Coutume de Paris, 1608-1760", en DeLloyd J. Guth y W. Wesley Pue, *Canada's Legal Inheritances*, Winnipeg, University of Manitoba, 2001, pp. 32-47.

todos los oficiales son revocables. La ausencia de impuestos pecuniarios (en Nueva Francia los hombres pagan con su persona haciendo faenas y realizando el servicio en la milicia), fuera de los derechos de entrada sobre los alcoholes y de salida de algunas pieles, quita al intendente la principal preocupación de sus colegas franceses. Pero al igual que ellos, aplica una economía moral arbitraria que busca controlar el mercado mediante la prohibición de las exportaciones de grano y los registros para garantizar el abastecimiento de las ciudades y de los militares.<sup>22</sup> En los comienzos del régimen real se continúa eligiendo a los síndicos en las ciudades, pero Colbert desapruueba esta tradición y Talon acaba con ella. Si bien las instituciones municipales no existen, hay asambleas de habitantes que discuten problemas concernientes al comercio, pero sin contar con poder de decisión. Durante periodos de carestía o de hambre, la población sabe hacerse escuchar con manifestaciones, pero los pocos movimientos populares registrados no tienen comparación alguna con las revueltas que sacuden a Francia y, después de todo, se respeta la autoridad del rey.<sup>23</sup>

La paz con los iroqueses de 1667 inaugura una era de expansión territorial con miras a entrar en contacto con nuevos proveedores de peleterías. Por un lado, las autoridades coloniales multiplican las expediciones en la región de los Grandes Lagos para posicionar mejor las reivindicaciones territoriales francesas y establecer nuevas alianzas con los amerindios capaces de abastecer de pieles a la feria de Montreal. Por otra parte, a pesar de la política de Colbert, que quería concentrar a la población a lo largo del río San Lorenzo y hacer de Montreal el lugar de los intercambios, hay hombres que parten cada año a cazar y poner trampas para mermar la competencia, que se había vuelto demasiado feroz en el valle lorenziano.<sup>24</sup> Esta expansión aumenta considerablemente el suministro de pieles.

<sup>22</sup> Louise Dechêne, *Le partage des subsistances au Canada sous le Régime français*, Montreal, Boréal, 1994.

<sup>23</sup> Terry Crowley, “‘Thunder Gusts’: Popular Disturbances in Early French Canada”, *Historical Papers/Communications historiques* (1979), pp. 11-31.

<sup>24</sup> Thomas Wien, “La riqueza efímera: términos del intercambio y de la explosión del comercio franco-amerindio, 1645-1670”, en Sylvie Dépatie et al., *Vingt ans après Habitants et marchands. Lectures de l'histoire des XVIIe et XVIIIe siècles canadiens*, Montreal & Kingston, McGill-Queen's University Press, 1998, pp. 160-188.

La expansión continúa de igual forma hacia el norte, donde franceses e ingleses se enfrentan en la bahía de Hudson. En 1668, sintiéndose maltratados por las autoridades francesas, dos renegados, Médard Chouart des Groseillers y Pierre-Esprit Radisson, convencen a comerciantes ingleses de que armen navíos para la bahía de Hudson. El éxito de esta expedición conlleva la creación de la Compañía de la Bahía de Hudson en 1670. En 1682, el comerciante quebequense Charles Aubert de la Chesnaye crea una compañía para explotar la trata en esta región y al año siguiente manda un navío que ocupa un puesto de mando de la compañía inglesa. Tres años más tarde, una expedición canadiense toma todos los puestos desplegados alrededor de la bahía James. Durante un cuarto de siglo, franceses e ingleses luchan por el control de esta región y su reserva de peleterías de la mejor calidad.

Concentrando sus actividades comerciales en el valle del Mississippi, Robert Cavelier de La Salle establece alianzas con los illinois y los miamis al sur del lago Michigan entre 1679 y 1682. Esta presencia francesa reaviva las hostilidades con los iroqueses y en el oeste los ataques contra los franceses se multiplican. Las autoridades coloniales deciden responder, y una primera invasión al país de los sénecas, la nación iroquesa situada más al oeste, termina en un fracaso humillante en 1684; la segunda, en 1687, logra destruir solamente pueblos abandonados por sus habitantes.<sup>25</sup> Pero la coyuntura internacional contribuye a que la guerra se enconce con la entrada en escena de los ingleses.

En efecto, la “Gloriosa Revolución” de 1688 en Inglaterra, que saca del trono a Jacobo II, pone fin a la alianza. Apoyados por los ingleses, dueños de Nueva York desde 1664, los iroqueses atacan la isla de Montreal en el verano de 1689 y acosan tan bien a los campesinos, desde Sorel hasta La Prairie, que la mayoría de los habitantes se refugia en la ciudad, a excepción de los que viven en los pueblos que cuentan con algún fuerte impresionante, como Boucherville. En 1690, una flota angloamericana capitaneada por sir Williams Phipps devasta Port-Royal antes de presentarse frente a Quebec. Al llegar demasiado tarde en la temporada, a Phipps no le da tiempo más que para in-

---

<sup>25</sup> Havard y Vidal, *Histoire de la Nouvelle-France*, pp. 109-112.

tentar un desembarque, repelido sin mucho problema por las tropas francesas y los milicianos canadienses. Sin embargo, las incursiones iroquesas contra los pueblos que rodean Montreal continúan, y obligan al gobernador Frontenac a poner en marcha otras expediciones contra los mohawks y los oneidas en 1693 y 1696. Estos ataques, el desistimiento del aliado inglés después del Tratado de Ryswick en 1697 y, sobre todo, la presión ejercida por los aliados autóctonos del oeste, obligan a los iroqueses a negociar la paz. En 1701, las cinco naciones iroquesas, unas treinta naciones de los Pays d'en Haut y el gobernador francés se reúnen para firmar la Gran Paz de Montreal, de acuerdo con el protocolo diplomático amerindio. Desde entonces, los iroqueses se mantienen neutrales en los conflictos que atañen a Canadá.<sup>26</sup>

La Gran Paz marca un giro decisivo en la situación geopolítica de la colonia. Consolida la alianza con las naciones del interior y corresponde a un cambio de perspectiva del ministro, Louis Phélypeaux, conde de Pontchartrain, y de Luis XIV. Ante la perspectiva de una guerra para permitir el ascenso del nieto del rey al trono de España, era preciso impedir que los ingleses atacaran el imperio español. En adelante, como lo escribe W.J. Eccles, la expansión hacia el interior responde a una lógica imperial y ya no comercial, y la Nueva Francia tiene como misión servir de barrera a la expansión inglesa.<sup>27</sup> Desde 1698, Pontchartrain encarga a Pierre Le Moyne d'Iberville establecer un puesto de mando para posicionar mejor las pretensiones francesas en Luisiana. El mismo año, Antoine Laumet de Lamothe Cadillac propone un ambicioso proyecto para hacer frente a los ingleses en la región de los Grandes Lagos –la fundación de Detroit como lugar donde se agrupan las naciones de los Pays d'en Haut–. Seducido, el ministro acepta y una pequeña colonia toma forma en 1701. Aunque la gestión del puesto de mando por parte de Cadillac sea una calamidad, Detroit garantiza una presencia francesa en esa región mientras que comienza la Guerra de Sucesión de España.

---

<sup>26</sup> Gilles Havard, *La grande paix de Montréal de 1701. Les voies de la diplomatie franco-amérindienne*, Montreal, Investigaciones Amerindias en Quebec, 1992.

<sup>27</sup> William John Eccles, *The Canadian Frontier, 1534-1760*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1969, pp. 128-131.

Descartada la amenaza iroquesa, el gobernador Philippe de Rigaud de Vaudreuil lanza a sus tropas a la “pequeña guerra” para acosar a las colonias británicas desde Maine hasta Nueva York. Pequeñas expediciones conformadas por amerindios “domiciliados” (que viven en pueblos con religiosos jesuitas o sulpicianos), por tropas y por milicianos asolan comunidades en el frente pionero y capturan a cientos. Las más de las veces se paga rescate por ellos, pero varios se quedan con familias amerindias, que los adoptan. Es el caso de Eunice Williams, hija del pastor de Deerfield, secuestrada en 1704 y casada con un mohawk de Kahnawake aproximadamente hacia 1712. A pesar de las súplicas de su familia, ella se niega a regresar a la Nueva Inglaterra.<sup>28</sup> Las incursiones preocupan a las autoridades británicas. Lanzan una expedición que quita Acadia a Francia en 1710. Al año siguiente, la poderosa armada del almirante Sir Hovendon Walker penetra en el río San Lorenzo pero, debido a una espesa niebla y a un error de navegación, ocho navíos encallan sobre las rocas y perecen unos mil hombres. Entonces Walker decide regresar a Inglaterra.<sup>29</sup>

En Europa, una Francia exangüe y deshecha busca la paz. Si bien reconoce a Felipe V como rey de España y no modifica mucho la situación en Europa, el Tratado de Utrecht de 1713 amputa a la Nueva Francia varios territorios y representa para algunos historiadores un giro sustancial. Sin embargo, su impacto es menos importante para Canadá que la reorientación de las políticas metropolitanas en 1701. Con el tratado, Francia reconoce la soberanía inglesa sobre los iroqueses pero, desde la Gran Paz, éstos adoptaron la neutralidad. Francia debe evacuar sus puestos de mando situados alrededor de la bahía James y reconocer la soberanía británica en la región, pero desde el San Lorenzo era más fácil explotar la trata al sur de la bahía por vía fluvial. Terranova pasa a manos enemigas, pero Francia conserva el derecho de secar el bacalao a lo largo de la costa, entre Cabo Bonavista y Punta Riche. Se transfiere el centro militar y administrativo de Plaisance a la isla Real (isla de Cabo Bretón),

---

<sup>28</sup> John Demos, *The unredeemed captive: a family story from early America*, Nueva York, Vintage Books, 1995.

<sup>29</sup> Gerald S. Graham, “Walker, Sir Hovenden”, *Diccionario biográfico de Canadá en línea* <http://www.biographi.ca/FR>

que siguió siendo francesa, donde se comienza la construcción de la gran fortaleza de Luisburgo. Debido a estas decisiones, la pesca francesa continúa desarrollándose durante todo el siglo, lo que hace que Jean-François Brière afirme que Francia salió ganando de Utrecht.<sup>30</sup> Sin importar el tipo de pesquerías, Francia ciertamente no sale ganando en Acadia, que se convierte en posesión británica de manera definitiva.

Después de Utrecht, la Nueva Francia aprovecha treinta años de paz entre Francia e Inglaterra para desarrollarse, pero sin mucho apoyo de la metrópoli. Francia dedica mucha energía a transportar algunos miles de personas a Luisiana, donde muchas mueren por fiebres poco después de desembarcar, pero pocas en Canadá. La población de Canadá y de los Pays d'en Haut aumenta aproximadamente de 16 000, a finales del siglo, a cerca de 70 000 en 1760. Este crecimiento permite transformar el paisaje de un vasto bosque en ricas tierras agrícolas. Cuando visita la Nueva Francia en 1749, el botánico sueco Pehr Kalm escribe que el país “se encuentra bastante habitado, y casi se podría decir que forma un pueblo continuo, que comienza en Montreal y se prolonga hasta Quebec.”<sup>31</sup> Efectivamente, una sociedad campesina echa raíces y trata de establecer a todos los hijos en explotaciones autónomas junto con los padres. Una agricultura mixta en la que domina la producción de trigo permite alimentar bien a las familias y gastarse algunos excedentes para procurarse artículos importados esenciales como los textiles, el vino y el aguardiente. Estas compras a menudo representan deudas para los comerciantes, que comienzan a abrir tiendas en los pueblos en el segundo cuarto de siglo.<sup>32</sup> Sometida al régimen señorial, que tiende a incrementar los impuestos en la medida en que el territorio se desarrolla, hay poca acumulación campesina.<sup>33</sup>

---

<sup>30</sup> Jean-François Brière, “Pesca y política en Terranova en el siglo XVIII: Francia, la verdadera ganadora del Tratado de Utrecht”, *Canadian Historical Review*, 64,2 (junio de 1983), pp. 168-187.

<sup>31</sup> Jacques Rousseau y Guy Béthune, eds., *Voyage de Pehr Kalm au Canada en 1749*, Montreal, Pierre Tisseyre, 1977, p. 204.

<sup>32</sup> Louis Michel, “Un mercado rural en Nueva Francia: François-Augustin Bailly de Messein, 1709-1771”, *Revue d'histoire de l'Amérique française*, 33,2 (septiembre de 1979), pp. 215-262; Claude Pronovost, *La bourgeoisie marchande en milieu rural, 1720-1840*, Sainte-Foy, Les Presses de l'Université Laval, 1998.

<sup>33</sup> Louise Dechêne, *Habitants et marchands de Montréal*, París, Plon, 1974; Thomas Wien, *Peasant accumulation in a context of colonization: Rivière-du-Sud, Canada, 1720-1775*, Thèse de Ph.D., Montreal, Université McGill, 1988.

El crecimiento demográfico permite también la diversificación de la colonia. El intendente Talon había lanzado algunas iniciativas (construcción naval, cervecerías) que desaparecieron rápidamente ante la falta de mano de obra y de mercado. Gilles Hocquart encuentra una coyuntura más favorable y subvenciona las fraguas de San Mauricio, que producen sus primeros cuchillos y hachas en 1734.<sup>34</sup> Esta empresa cobra mayor importancia cuando en 1738 el ministro de Marina pide al intendente que construya navíos de guerra en la colonia. El astillero real abre sus puertas en 1739 y construye once navíos antes de la conquista. Un doceavo está en construcción cuando sobreviene la toma de Quebec por parte de los británicos en 1759.<sup>35</sup> Sin embargo, no hay que sobrestimar la importancia de las inversiones estatales en la economía colonial. Tienden a replegarse en tiempos de paz y a dominar sólo en tiempos de guerra.<sup>36</sup>

Las tres ciudades de la colonia permanecen poco dinámicas. Montreal, que cuenta con aproximadamente 4 000 almas en 1755, mira hacia el oeste. Los comerciantes de pieles se alían con los militares que dirigen los puestos de mando para explotar cada uno un territorio limitado y evitar así la competencia. Hacen tratos con los viajeros para transportar artículos de trata hacia el interior y para traer de vuelta las peleterías.<sup>37</sup> Si bien viven con cierto desahogo, son pocos los verdaderamente ricos.<sup>38</sup> Trois-Rivières no es más que un poblado administrativo y mercantil para los campos cercanos. Quebec es más extenso y su población es el doble de la de Montreal. Los comerciantes que importan y exportan, como François Havy y Jean Lefevre, surten a los comerciantes de Montreal de artículos de trata, mandan construir navíos, exportan a las Antillas

---

<sup>34</sup> Cameron Nish, *François-Étienne Cugnet: entrepreneur et entreprises en Nouvelle-France*, Montreal, Fides, 1975, pp. 45-120.

<sup>35</sup> Jacques Mathi, *La construction navale royale à Québec, 1739-1759*, Quebec, Société Historique de Quebec, 1971.

<sup>36</sup> Catherine Desbarats, "Los fondos del rey en la economía canadiense del siglo XVIII", en Sylvie Dépatie et al., *Vingt ans après Habitants et marchands: Lectures de l'histoire des XVIIe et XVIIIe siècles canadiens*, Montreal & Kingston, McGill-Queen's University Press, 1998, pp. 189-207.

<sup>37</sup> Gratien Allaire, "Oficiales y comerciantes: las sociedades del comercio de pieles, 1715-1760", *Revue d'histoire de l'Amérique française*, 40,3 (invierno de 1987), pp. 409-428.

<sup>38</sup> José Igartua, "A Change in Climate: The Conquest and the Marchands of Montreal", *Historical Papers/Communications historiques* (1974), pp. 115-134.



y explotan un puesto de caza de focas.<sup>39</sup> Si bien algunos coloniales amasan sólidas fortunas, son las sociedades metropolitanas las que dominan Quebec.

Los artesanos son esencialmente urbanos y a menudo menos especializados que sus primos franceses. Trabajan en tiendas familiares y hacen el relevo tomando algún aprendiz de vez en cuando. Sólo en la capital colonial existe un mercado suficiente para ver la aparición de verdaderos talleres e inclusive de artistas.<sup>40</sup> Sin embargo, debido a los precios del alquiler en casas de piedra, su nivel de confort material es inferior al de sus pares de Montreal, que viven en casas de madera de su propiedad.<sup>41</sup> El aprendizaje permite responder a las demandas del mercado, pero el aislamiento de la colonia no favorece mucho la innovación.<sup>42</sup> Existe en Montreal y en Quebec una multitud de jornaleros que trabajan en la construcción, el puerto y el transporte. Debido a las inclemencias del tiempo, sufren de un importante desempleo de temporada en invierno.

La paz garantiza el crecimiento y la prosperidad en el valle del río San Lorenzo y en el conjunto del imperio, pero también provoca la envidia de una parte de la opinión británica, que exige la guerra para reducir el poder comercial francés. La sucesión austriaca proporciona finalmente el pretexto y la guerra da comienzo en 1747 con la toma de numerosos navíos comerciales franceses. La toma de Luisburgo al año siguiente perturba seriamente el comercio entre la metrópoli y su colonia y pone en peligro las alianzas amerindias en el oeste a falta de mercancías de trata.<sup>43</sup> Los canadienses siguen acosando a los poblados de la Nueva Inglaterra. Desde Quebec, una expedición más ambiciosa sale al encuentro de la flota del duque de Enville, encargada de volver a tomar Luisburgo y Acadia en 1746. Los canadienses se concentran frente a Port-Royal,

---

<sup>39</sup> Dale Miquelon, "Havy and Lefevre of Quebec: A Case Study of Metropolitan Participation in Canadian Trade, 1730-1766", *Canadian Historical Review*, 56,1 (marzo de 1975), pp. 1-24.

<sup>40</sup> Dominique Bouchard, "La cultura material de los canadienses del siglo XVIII: análisis del nivel de vida de los artesanos del metal", *Revue d'histoire de l'Amérique française*, 47,4 (primavera de 1994), pp. 493-497.

<sup>41</sup> Jean-Pierre Hardy, "Algunos aspectos del nivel de riqueza y de la vida material de los artesanos de Quebec y Montreal, 1740-1755", *Revue d'histoire de l'Amérique française*, 40,3 (invierno de 1987), pp. 339-372.

<sup>42</sup> Peter N. Moogk, "In the Darkness of a basement: Craftsmen's Associations in Early French Canada", *Canadian Historical Review*, 57,4 (diciembre de 1976), p. 399-439.

<sup>43</sup> Eccles, *French in North America*, pp. 191-197.

pero la flota, maltratada por las tormentas y minada por la enfermedad y la muerte de su comandante, regresa con las manos vacías a Europa.<sup>44</sup> La paz de Aix-la-Chapelle pone fin al conflicto en 1748, pero no es más que una tregua.

En efecto, el crecimiento demográfico de las colonias británicas a lo largo del litoral atlántico crea una demanda de nuevas tierras más allá de los Apalaches. En 1747, un grupo de especuladores forma la Ohio Company con vistas a colonizar la región alrededor de la actual ciudad de Pittsburgh, en un territorio que también reivindica Francia y que se halla ocupado de manera efectiva por los amerindios. Para contrarrestar todo intento de establecerse en el lugar, el gobernador Roland-Michel Barrin de la Galissonnière ordena la construcción de un dispositivo de fuertes permanentes que conecten el lago Érié con el Mississippi por el valle de Ohio. Sin embargo, para implantarse ahí era necesario el acuerdo de los autóctonos. Ahora bien, los iroqueses los cortejan asiduamente para hacerlos entrar en la alianza británica. Durante la guerra de la sucesión de Austria, los problemas de abastecimiento habían debilitado la alianza francesa en el oeste. Surgen facciones pro británicas, particularmente en el pueblo de Pickawillany. Ante la amenaza de una rebelión de sus aliados, los franceses actúan con fuerza y, en 1752, una expedición expulsa a los traficantes británicos de Pickawillany y mata al jefe rebelde a quien los franceses llaman “La Señorita”.<sup>45</sup> El restablecimiento de la autoridad en Onontio, el gobernador francés, permite rechazar a George Washington, el representante de Virginia que había llegado para tomar posesión de la región, dos años después. Esta acción marcó el inicio de la Guerra de los Siete Años en América.

Esta guerra, que abarca no sólo a América sino también a Europa y Asia, se conoce en Quebec como la Guerra de la Conquista porque pone fin al imperio francés en la América septentrional, excepto en las islas de San Pedro y Miquelon, a la altura de Terranova. Al oeste, las tropas francesas y sus aliados amerindios repelen una primera invasión británica en 1755. A pesar de los

---

<sup>44</sup> James Pritchard, *Anatomy of a Naval Disaster. The 1746 French Expedition to North America*, Montreal & Kingston, McGill-Queen's University Press, 1995, pp. 106-111.

<sup>45</sup> Richard White, *The middle ground. Indians, empires and republics in the Great Lakes region, 1650-1815*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 223-233.

problemas de abastecimiento, la alianza y los puestos de mando del oeste resisten hasta 1759, cuando el fuerte Niágara cae en manos de los ingleses. Al este, la pérdida del fuerte Beauséjour tiene dramáticas consecuencias. Desde la cesión de Acadia por el Tratado de Utrecht, los acadianos mantienen una postura de neutralidad en los conflictos, lo que se había facilitado cuando la capital era Port-Royal y cuando los gobernadores tenían un contacto con notables de la región. La construcción de Halifax en 1749, como nueva capital, aleja el poder de los francófonos y aumenta su recelo. Las actividades del abad Jean-Louis Le Loutre, misionero cercano a los micmacs, para obligar a los acadianos a abandonar sus tierras al este del fuerte Beauséjour y para ir a establecerse al oeste, viene a emponzoñar una situación ya de por sí delicada. Cuando se descubre que hay acadianos en la milicia después de la caída de Beauséjour en 1755, el gobernador Charles Lawrence decide deportar a toda la población.<sup>46</sup> Cerca de 8 000 hombres, mujeres y niños serán amontonados en navíos y dispersados por las colonias británicas del sur; algunos miles encuentran refugio en los bosques o en la isla San Juan (actual isla del Príncipe Eduardo) y aproximadamente 1 500 refugiados llegan a Quebec.<sup>47</sup> La toma de Luisburgo en 1758 acarrea otras expulsiones. Las poblaciones de isla Real y de isla San Juan son enviadas a Francia, donde el gobernador las toma a su cargo, hasta que las mandan a otras colonias francesas como la Guyana o, eventualmente, a Luisiana.<sup>48</sup>

El corazón de la colonia entre Quebec y Montreal sufre penurias y registros gubernamentales pero todavía no se encuentra amenazado. Al contrario de los otros conflictos imperiales, las metrópolis movilizan tropas del ejército regular para combatir en América. Francia hace un gran esfuerzo y envía tropas terrestres por una cantidad de aproximadamente 7 000 hombres y aumenta la guarnición de tropas marinas a 2 760. Pero Inglaterra, que acaba de llevar a

---

<sup>46</sup> Naomi E. S. Griffiths, *From Migrant to Acadian. A North American Border People, 1604-1755*, Montreal & Kingston, McGill-Queen's University Press, 2005, p. 431-464.

<sup>47</sup> John A. Dickinson, "Los refugiados acadianos en Canadá", *Études canadiennes/Canadian Studies*, 37 (1994): 51-61.

<sup>48</sup> Bernard Cherubini, "Los acadianos en la Guyana francesa: colonos ejemplares para una colonización primeriza (1762-1772)", *Bulletin du Centre d'histoire des espaces atlantiques*, Serie Nueva, No. 5, 1990, pp. 157-196.

William Pitt al poder, se obstina en convertirse en la primera potencia imperial del mundo. Gracias al derrocamiento de las alianzas que deja entrar a Federico de Prusia en la alianza británica, Inglaterra ya puede enviar más tropas a las operaciones extraeuropeas. Así, Gran Bretaña despacha a más de 23 000 soldados a América para quitar de encima a las colonias del litoral la amenaza francesa.<sup>49</sup>

Entre 1755 y 1758, las confrontaciones se desarrollan en las inmediaciones fluviales de Canadá, al oeste y al sur. Los franceses logran victoria tras victoria a pesar de la superioridad del enemigo en efectivos. Pero la toma de Luisburgo abre el San Lorenzo y, en 1759, una imponente flota se presenta frente a Quebec. El ejército británico ocupa la Isla de Orleáns, la costa de Beaupré y la ribera sur, desde donde hay baterías que bombardean la ciudad. El general James Wolfe intenta en varias ocasiones provocar una batalla, pero no logra hacer que Louis-Joseph, marqués de Montcalm, salga de su atrincheramiento. Disgustado y temiendo no poder tomar la ciudad, Wolfe adopta una política de tierra quemada y manda destruir todas las granjas de la ribera sur hasta Kamouraska y en la costa de Beaupré. A principios de septiembre, ante la partida inminente de la flota, Wolfe intenta un último ataque. Con menos de 4 500 hombres de tropa de élite, sube por el acantilado al suroeste de Quebec el 13 de septiembre, sin dejarse ninguna posibilidad de retirada. Montcalm avanza desde Beauport y lanza a su debilitado ejército al combate sin esperar a que lleguen Louis-Antoine de Bougainville y sus 3 000 refuerzos. En veinte minutos, el ejército francés huye en desbandada y los dos generales están mortalmente heridos. Quebec capitula y el ejército británico se instala entre las ruinas para pasar el invierno. En 1760, tres ejércitos británicos convergen en Montreal, desde el lago Ontario, el lago Champlain y Quebec. Los aliados amerindios abandonan la causa francesa y negocian con el invasor. Queriendo evitar ver devastados la ciudad y los pueblos cercanos, el gobernador, Pierre de Rigaud de Vaudreuil Cavagnial, firma los artículos de capitulación el 8 de sep-

---

<sup>49</sup> W.J. Eccles, "Las fuerzas francesas en Norteamérica durante la Guerra de los Siete Años" y C.P. Stacey, "Las fuerzas armadas inglesas en Norteamérica durante la Guerra de los Siete Años", *Diccionario biográfico de Canadá*, vol. III, 1741-1770, Quebec, Les Presses de l'Université Laval, 1974, pp. xv-xxxii.

tiembre. Ya sólo había que esperar el tratado que pondría fin a la guerra para conocer la suerte definitiva de la colonia, de la que sólo Luisiana seguía estando en manos de los franceses.<sup>50</sup>

En otra parte, la guerra continúa. Guadalupe había capitulado el mismo año que Quebec. En 1762, toca a Martinica, Santa Lucía y Granada quedar ocupadas por fuerzas británicas. España entra en guerra al lado de Francia, pero pierde de inmediato La Habana. Comienzan las conversaciones de paz y en Inglaterra un debate sobre lo oportuno de conservar “algunos arpendes de nieve” de Canadá o Guadalupe enciende pasiones. En Francia, la opinión pública privilegia ampliamente la cesión de Canadá. El Tratado de París de 1763 cede Canadá, rebautizado como Quebec, y cuatro pequeñas islas antillanas a la Gran Bretaña, así como la ribera oriental del Mississippi. Francia conserva Martinica, Guadalupe, Santa Lucía y sus derechos de pesca en Terranova, junto con las islas San Pedro y Miquelon. En cambio, pierde Luisiana en beneficio de España para compensar a su aliado por la pérdida de Florida, cedida a los británicos para recuperar Cuba.<sup>51</sup>

La conquista provoca una crisis de identidad en el valle de San Lorenzo. Los canadienses, que nunca se habían identificado como tales, comienzan a tomar conciencia de una identidad específica. En efecto, el término “canadiense” se encuentra a menudo en la correspondencia de los oficiales civiles y militares y de las autoridades religiosas, pero casi siempre con una connotación negativa que refleja bien su toma de partido imperialista. Al no estar destinados estos escritos al público en general, su alcance en la formación identitaria es limitado. No es sino hasta 1763 cuando los canadienses toman conciencia de una identidad propia, diferente a la de sus gobernantes, y cuando comienzan a designarse a sí mismos como canadienses.<sup>52</sup> Es ése el primer paso hacia una identidad quebequense. ❧

<sup>50</sup> Havard y Vidal, *Histoire de l'Amérique française*, pp. 651-661.

<sup>51</sup> Eccles, *The French in North America*, p. 238.

<sup>52</sup> Christophe Horguelin, “El siglo XVIII, el siglo de los canadienses: discurso público e identidad”, en Philippe Joutard y Thomas Wien, *Mémoires de Nouvelle-France. De France en Nouvelle-France*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2005, pp. 209-219.